

LA GUERRA CARLISTA

cinta de la carretera, que daba vueltas para es-
calarlo. Era un camino hecho por los hombres,
y parecía que sólo condujese á la muerte. Aqué-
llos rapacines aldeanos, vestidos con capotes
azules y pantalones rojos, que un destino cruel
y humilde robaba á las feligresías llenas de paz
y de candor antiguo, iban á la guerra por ser-
vidumbre, como podían ir á segar espigas en el
campo del rico. ¡Qué diferentes con aquellos
otros soldados del Rey Don Carlos! La Madre
Isabel se cubrió los ojos:

—¡Señor Mío Jesucristo, Tú me enseñas que
mis manos estarían malditas si no enjugasen la
sangre que ahora se está derramando!

Y marchó sola por la carretera embarrada.



XIX

Aquella retaguardia de enfermos y bisoños,
perdido el contacto con las compañías de van-
guardia, desfilaba entre dos lomas que parecían
los pechos de una gigante. Más lejos se perfila-
ba un puente de madera que tenía el pretil
blanco de nieve, y á uno y otro lado enriscados
montes, con las quebradas cubiertas de pinar.
Y entre el pinar y el río, al flanco izquierda,
una siembra encharcada. Gil García espoleó su
asno al mismo tiempo que le gritaba á un capi-

LA GUERRA CARLISTA

tán muy joven, ocupado en liar el cigarro, con las riendas abandonadas sobre el cuello de su montura:

—¡Buen sitio para asar carne!

—No es malo.

—¡De órdago!

El otro se puso el cigarro entre los labios y miró en torno, inclinándose para cobrar las riendas. En el mismo instante sonó un tiro, y el veterano se volvió con la sonrisa oronda de un clérigo glotón:

—¿Tengo buen atisbo?

Nadie le respondió. Los soldados aclaraban las filas, y el otro capitán se apeaba guiñando el ojo izquierdo con una contracción que le movía todo el lado de la cara. Sobre el pretil del puente aparecieron los cañones de algunos fusiles que brillaban al sol como una gloria fuerte.

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

Al verlos, los cazadores hicieron alto en medio de la carretera, con movimiento instintivo y unánime. Algunas nubes de humo, cirros negros, volaron sobre los matorrales del monte. Sonó una descarga y se aclararon más las filas. Cuatro ó cinco soldados cayeron á lo largo de la carretera como peleles en un tinglado de feria. Emboscados en el monte, los carlistas hacían fuego por los dos flancos. El veterano capitán gritó enfáticamente:

—¡Celebraremos consejo á caballo!

Era en todas partes el capitán más antiguo, y siempre lo recordaba en la ocasión oportuna, y lo hacía valer para su gloria. El asno, estacado en medio de la carretera, saludaba el paso de las balas moviendo la cabeza con cierto aire bufonesco. García le halagó el cuello y le habló paternal:

LA GUERRA CARLISTA

—¡So!... Tengo de ponerte arracadas si te abren bien los ojales, hijo mío.

Cuatro oficiales y el capitán imberbe se congregaron para deliberar en torno del capitán García. Miraban, azorados de donde venían las balas, y á hurto procuraban guarecerse con la figura del veterano que, alzado sobre el asno, se acariciaba las barbas, sonriendo beatíficamente, como pudiera hacerlo en un Concilio un Padre de la Iglesia. Sin apresurarse hizo un gesto pidiendo su parecer al oficial más joven, que miró á los otros, retorciéndose el bigote con los dedos temblorosos. Apremió el veterano:

—¿Su opinión?

El oficial, que oía silbar las balas por primera vez, cerró los ojos, murmurando con la voz seca y desesperada:

—¡Ataquemos, mi capitán! ¡Aquí nos abrasan!

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

El veterano, que exploraba el campo, se alzó sobre los estribos con un grito animoso:

—¡Allá van! ¡Allá van!

Algunas boinas rojas salían de los riscos y bajaban corriendo hacia el puente. Se veía la silueta negra de los soldados destacándose sobre el claro azul de las alturas, ágiles y saltantes. Oyendo sus gritos, sonoros en el silencio de las rocas, aquella hilada de cazadores que cruzaba como un rebaño por la carretera, sintió de pronto el aire encendido de la guerra agitar las almas, revolar en ellas, hincharlas y darlas al viento como el paño de una bandera. Cada sargento veterano fué un caudillo y un ejemplo en la ocasión. El veterano capitán se apeó dando gritos heroicos:

—¡Hijos míos, vamos á cubrirnos de gloria!
¡Es nuestro honor el honor de la patria! Tene-

LA GUERRA CARLISTA

mos dos madres: La santa que preside el hogar, y nuestra bandera.

Corrió á la cabeza de la tropa con la barba trémula y los ojos brillantes, prontos á llenarse de lágrimas, porque era siempre el primero en sentir la emoción de sus arengas. Un zagal de doce años, hijo de un bagajero, gritaba á par del capitán, huroneando por las filas para cobrar el asno. El animal, libre del peso del jinete, sacudía con esperezo los lomos, y daba rebuznos tan sonoros, que el eco milenario de aquellas montañas pudo despertarse recordando el són de la bocina de Rolando. Cuando alcanzó el asno, el muchacho cabalgó alegremente, y espoleándole con los talones, corrió confundido entre los cazadores. Cerca del puente, una bala le abrió un agujero en la frente. Siguió sobre el asno con las manos amarillas y un ojo colgante

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

sobre la mejilla, sujeto de un pingajo sangriento. Fué inclinándose lentamente hasta caer, y el asno quedó inmóvil á su lado. El padre, que le vió de lejos, acudió corriendo, muy pálido. Los cazadores hacían fuego por descargas sobre los carlistas que ocupaban el puente, y sólo respondían con un tiroteo graneado. Advertíase que apuntaban y disparaban despacio, como á las liebres en el acecho y á las codornices en los trigales. El bagajero, inclinado sobre el cuerpo yerto del hijo, movía incesantemente la cabeza al oír el silbo de las balas. Un soldado que cayó herido en medio de la carretera, le llamó suplicante, para que le arrastrase hasta la cuneta. Gemía con ambas manos apretadas sobre una herida que le desgarraba el vientre:

—¡Amigo, dame la mano!

El bagajero se incorporó con los ojos secos y

LA GUERRA CARLISTA

le arrastró por el cuello del capote, dejándole en la cuneta á la par del hijo muerto. El soldado le miró agradecido, con una sonrisa dolorida, inmóvil sobre la boca pálida:

—Iban á pisarme como á la uva.

El bagajero, alzando los brazos, le dijo con violencia:

—¡Cata al mi hijo muerto!

Los cazadores retrocedían sobre el flanco izquierdo, y dejaban la carretera, derramándose en huida por una siembra. En tanto, al flanco derecho, un pelotón procuraba escalar los riscos para dominar el puente que intentaban volar los mutilados de Miquelo Egoscúe. A la cabeza de los cazadores daba sus voces heroicas el capitán García:

—¡Firmes, hijos míos! ¡Váis á ceñir vuestras frentes invictas con el lauro de victoria! ¡Acorráos de Numancia!...

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

Y sucedíanse los toques de corneta, que tenían una vibración animosa y luminosa. Algunos oficiales iban confundidos con los soldados. Uno, muy joven, sólo parecía preocupado de no enredarse en la vaina del sable, que al correr le golpeaba las piernas. Todos dejaban á los sargentos veteranos que ordenasen las filas. Aquellos soldados, derramándose por la siembra, tenían con los movimientos de un rebaño, la conciencia oscura de que podían vencer. Los sargentos gritaban, roncós:

—¡A formar! ¡Firmes!

El bagajero se levantó rechazando con fiereza á un soldado que, al retroceder de espaldas, iba á poner sobre el rostro del niño muerto su zapato lleno de clavos. El soldado volvióse con ojos de espanto, y siguió corriendo, sin darle ya cara al enemigo. A mitad de la carrera soltó el

LA GUERRA CARLISTA

fusil, un poco más lejos tropezó y cayó. Retrocedían otros soldados pisoteando la yerba ensangrentada, y el bagajero, cargando á la espalda el cuerpo del hijo, entróse por la siembra. De pronto se vió envuelto, empujado, sacudido: No podía andar, no podía moverse. Una corneta cambió el toque. Los cazadores, rehechos lejos del fuego carlista, atacaban para tomar el puente. El bagajero tuvo que abandonar el cuerpo de su hijo bajo los pies de los soldados. Las boinas rojas aparecían sobre los riscos. Al ver el empuje de los cazadores, hacían fuego á pecho descubierto y se enardecían con alegres voces, como en la siega y en el zorzico:



XX

Asomaron dos voluntarios en lo alto de una barranca donde se apoyaba la retaguardia carlista. Habían trepado corriendo y daban voces. Se les veía en silueta sobre el pálido azul, agitar los brazos y blandir los fusiles. Luego, más lejos y más alto, surge un voluntario solo, que da las mismas voces, y luego otro que baja saltando de risco en risco. Eran las parejas destacadas sobre el camino para vigilar y noticiar los movimientos de la vanguardia repu-

LA GUERRA CARLISTA

blicana. Las voces no se entendían en la distancia, pero al cabecilla le bastó ver el afán desesperado con que alzaban los brazos aquellas figuras ágiles, amenguadas en la lejanía azul. Sin duda, los republicanos, advertidos por el tiroteo, volvían para proteger la retaguardia. Miquelo Egoscué vió de pronto á su lado al molinero de Arguiña:

—Ordena la retirada, Miquelo.

—¿Se hizo cuanto se podía?

—Y bien, Miquelo.

—¿No haría más el Cura?

El molinero cerró los ojos.

—El Cura tiene otro invento que nosotros.

Oyendo el canto remoto de las cornetas republicanas, dijo el capitán:

—Les hemos encendido la sangre á los guiris.

—Ya nos defenderá la maraña del monte.

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

Había comenzado la retirada, y los voluntarios carlistas iban agazapados entre el matorral. A veces se tendían en tierra y apuntaban despacio, con los ojos lucientes y las caras llenas de humo. Se levantaban santiguándose, y en una gran carrera, se iban monte arriba: Cuando estaban sin aliento, era otra vez el echarse boca abajo y reanudar el fuego. Cara de Plata, con la frente negra de humo y toda la faz oscura, donde los ojos eran de una gran belleza arrogante y fiera, se acercó al cabecilla:

—¿Y nos dejamos la yegua, señor Miquelo?

La yegua enderezaba las orejas al amparo de grandes peñascales, sujeta del ronzal al tronco de un espino quemado por los carboneros. El cabecilla miró de un modo extraño al hermoso segundón:

LA GUERRA CARLISTA

—¡Pues qué hacer, si no hay manera de llevarla por los riscos!

—¡Yo me la llevo!

—Pues rodarás.

Cara de Plata bajó corriendo adonde estaba la yegua. El capitán y el molinero cambiaron una mirada sagaz. Dijo el viejo de Arguiña:

—¡Los valientes y el buen vino tienen poca dura!

—En la guerra no se anda por alargar la vida.

—Tengo yo mal pensar de todos estos que vienen de otra tierra.

Seguían con los ojos á Cara de Plata. Sin otras palabras le vieron desatar la yegua, desjaezarla y cabalgarla en pelo. Regiala sin bridas, y era como si le diese alas para salvar los brezos, y uñas para tenerse en las rocas sin desjarretarse. El cabecilla se volvió al viejo de Arguiña:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¡De los buenos jinetes!

—¡De los buenos, Miquelo!

Los cazadores se rehacían en la carretera y pasaban el puente. Algunos heridos, arrastrándose hacia el camino, pedían que los llevasen á los carros. Sudoroso y sediento, un corneta bajó á la orilla del río y se tendió sobre la yerba para beber. Al incorporarse, vió entre jarales á un voluntario carlista que le apuntaba, y casi al mismo tiempo sintió tierra en los ojos. El carlista, allá en lo alto, gritaba abriendo los brazos, mientras volaba en torno de su figura una nube de humo. El corneta echóse el fusil á la cara:

—¡Ahora va la mía!

Y el otro permanecía sobre los peñascos haciendo un trezado de zorcico: Vió rebotar la bala, y lanzó su grito animoso y antiguo:

LA GUERRA CARLISTA

—¡Jujurujú!

Como cabra montés fué saltando de picacho en picacho, hasta lo más alto, y allí comenzó á cargar su escopeta de aldeano cazador. En la orilla del río descubrió al corneta que hacía su mismo alarde, y esperaba con el fusil al brazo, zapateando sobre la yerba. Disparó y quedó inmóvil, retando al otro que se destacaba entre los árboles y remontaba la ribera para hacerle puntería. El corneta calculaba la distancia con los ojos, al tiempo que iba levantando el fusil en una medida lenta. De pronto, vió que el voluntario agitaba un momento las manos, y se hacía en el aire un garabato grotesco. Se despeñaba rebotando contra los picachos, enfonándose en la maleza y desprendiéndose luego entre desgarraduras, para seguir botando monta abajo. Al final chapotea en el río que lo arrastra

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

y lo sepulta. Volvióse el corneta á mirar en torno, y descubrió al bagajero sentado entre dos muertos, y cargando un fusil:

—¿Has sido tú?

—Yo he sido...

El corneta le miró con rabia:

—¡Era mio!

El bagajero se levantó y, lentamente, fué hacia el soldado. Le puso una mano en el hombro, y sus rostros casi se juntaron:

—¡Cornetilla!, y el hijo mio, de quién era?

Parecía que le echaba encima los ojos, nublados y profundos.





XXI

Sonaban las cornetas. Era una alegría luminosa y cruel, como la del sol en el aire de la mañana. ¡Aquel aire ermitaño y de milagro, con aroma de yerbas frescas, profanado por el humo de la pólvora! Había cesado el fuego, y sólo muy de tarde en tarde pasaba silbando una bala perdida, y rodaba el eco de un tiro por las quebradas sonoras del monte. Ninguna boina roja asomaba entre jaras y picachos, ningún grito... Veíase á lo lejos las líneas de cazadores desple-

LA GUERRA CARLISTA

garse para envolver á los carlistas: Las tropas de retaguardia y de vanguardia convergían en un movimiento y escalaban el monte por los flancos. Dos compañías formaban en la carretera, y permanecían inmóviles en orden de batalla. Cambió de pronto el toque de las cornetas y el movimiento de las líneas: Hecho el alarde de perseguir á los carlistas, venía la orden de replegarse. Continuaron las compañías del frente formadas en la carretera. Un ayudante joven y con lentes tomaba notas arrimado al pretil del puente. Más lejos repartía su tabaco con algunos soldados, el veterano capitán García. Estaba sentado sobre un montón de piedras, con la levita desabrochada y un pie descalzo á causa de una herida contusa. No podía andar sin grandes dolores, pero seguía mirando todas las cosas con una sonrisa radiante. Les decía á los soldados:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—Hemos vencido. ¡Bravo, muchachos!

Llegaron dos sanitarios para curarle, y los rechazó jovial:

—Tenéis las manos muy duras. Llamad que vengan aquellas mujercitas.

Y tomando del montón de grava una piedra menuda, la tiró para señalar al grupo de dos mujeres, que allá lejos, en la orilla del río, llevaban agua á los soldados y los curaban. Murmuró uno de los sanitarios:

—Deben andar cumpliendo un voto. Se presentaron en un carro...

Las dos mujeres, avisadas por un soldado que les dió voces, sin llegar adonde estaban, subían al camino. Eladia traía en las manos un azafate con hilas y vendajes. Las dos caminaban á la par con el mismo gesto de humildad sonriente. Llegaron, y la monja saludó con estas palabras:

LA GUERRA CARLISTA

—¡Aquí estamos para que nos manden!

Se arrodillaron cerca del capitán, sobre la yerba hollada y ensangrentada. El veterano encendió un cigarro:

—¡Vamos allá! Si me quejo, no hagan caso, hijas.

La monja tomó una venda del azafate que sostenía Eladia, y la desplegó para ligar aquel pie amoratado y monstruoso: Las manos le temblaban como des lirios, sin resolución para oprimirle, y se hundían los dedos, dejando una huella livida en la gran hinchazón. Los dos sanitarios se hacían guiños. Eladia los vió, y poniéndose muy encendida, advirtió en voz baja á la monja:

—No desenvuelva la venda, Madre. Vaya enrollándola poco á poco en el pie, al mismo tiempo...

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

El veterano vió la burla de los sanitarios y los miró adusto:

—¿De qué hacéis risa, bárbaros?

La Madre Isabel se volvió llena de nobleza.

—Hijos míos, queréis enseñarme.

Gritó el veterano:

—No, señora... Ellos lo hacen peor... Son unos bárbaros.

La monja seguía llamándolos con la mirada. Se acercó uno de los sanitarios, y con gran destreza se puso á vendar aquel pie tumefacto y deforme. La Madre Isabel tan pronto estaba atenta á la cura como al semblante del veterano. Le sorprendía la entereza con que soportaba el dolor, y la mano hábil y sin ternura con que el otro le vendaba la herida. Al terminar, el capitán le dió un cigarro y le tiró de una oreja:

—¡Así se cura á los caballos!

LA GUERRA CARLISTA

Después, volviéndose á los soldados que le rodeaban, mandó que le buscasen su asno. La monja le ofreció lugar en el carro, y desde lejos hizo señas al contrabandista para que lo acercase. Avanzó despacio por entre las filas deshechas, y en una manta cuatro soldados trasladaron al capitán, luego de haber esparcido alguna yerba en el fondo del carro. Gil García, que era hijo de aldeanos, al sentir el aroma y la humedad del heno, sintió que su alma florecía con los recuerdos. Cerró los ojos para verse niño y para ver los campos, mientras era llevado en aquel convoy de heridos, que avanzaba lentamente por un camino real desconocido, con dos compañías al frente y dos en la retaguardia, entre filas de soldados que cantaban y reían. En un atolladero abrió los ojos:

—¿Qué pasa?

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—Un barrizal muy disforme, mi capitán.

—¿Cuántos heridos van?

—Nueve, mi capitán.

—¿De qué clase?

—Quitante usía, todos de la clase de tropa.

—¿Y aquellas mujercitas?

—Atrás vienen, mi capitán.

Las mujeres seguían á pie, zagueras del último carro: Un carro de aldea tirado por bueyes, donde iban amontonados tres muertos, cuyas manos lívidas asomaban por las orillas de una manta vieja que cubría á los tres. Por no detenerse á cavar una hoya, los llevaban á San Pedro de Olaz. Pero antes hallaron cristiana sepultura en el cementerio de una aldea donde las tropas se detuvieron á sestear... Y allí se quedaron solas la monja y la novicia, cuando las cornetas tocaban marcha. Se quedaron solas en la

LA GUERRA CARLISTA

paz de la aldea, rezando por los muertos á la sombra de los cipreses, donde cantaba un mirlo en la puesta solar.



XXII

En el cementerio estaba un viejo con dos cabras que pacían la yerba de las sepulturas. La monja y la novicia, para no equivocar el camino de la aldea, aprovecharon salir con el pastor. Era un sendero verde, todo en paz de oración, y el viejo hablaba en vascuence y reía enseñando su boca sin dientes. Era todo cristalino el paisaje, y los montes parecían de amatista. Cerca de la aldea una mujer que descansaba en la orilla del camino, se alzó y corrió al encuen-